

La Ley del Embudo

La ley estira o encoge según a quien se le aplica. Eso pasa en todas partes, pero más en Costa Rica.



De lanas, conchas y conchos, la taquilla está repleta. Varios con un dominó se disputan la honda pena de pagar a los que ganan los guaros u lo que juegan. En un rincón dos jumaos, prototipos de goteras sobre el estado ruinoso de sus bolsillos conversan, echándose cara a cara, alientos, no de verbenas ni de rosas, sino de algo que a mis acreedores diera cada vez que con sus cobros acribillan mi pobreza. Por allá un viejo dormido sobre unos sacos se sueña con Matinas de aguardiente y San Carlos de cerveza. Una tusiona muy guapa que del mismo modo ofrenda en los altares de Baco, que en los de Venus, se empeña, en que conozca su templo un concho de buena cepa, de los de pita quiteño, de los de faja de seda, de los de alforjas de cuero, relé de plata y cruceta. Sentados en una banca tres músicos de la legua repican un zapateado con guitarras y vihuela. Frente a ellos un borrachillo, con todas las faldas fuera, baila, si bailar se llama hacer con los pies etcétera, acompañándose de hipos a falta de castañetas y embadurnando de mocos las mangas de la chaqueta; porque en el pañuelo guarda el pan que a la casa lleva. El dueño de la bayuca, es decir, de la taberna, entre nosotros taquilla, guarería en Venezuela, (exhibo esta erudición por ilustrar a la prensa), vigilar a los dependientes en tanto guarda la venta en las entrañas de roble de su ferrada gaveta. De cuando en vez algún lana arma con otro pendencia. El policial de la esquina al momento se presenta y pone en paz a los cides o del brazo se los lleva "por el florido camino" que conduce hacia la Agencia do ejerce de Padre Eterno don Goyo tras una mesa. Por muchas horas la zambra prosigue de esa manera; entre titirreos de copas y restañar de botellas; entre palabras de a jeme, entre fracesitas tiernas que a unos les da por las malas y a otros les da por las buenas y no hay tres que tengan nunca su guaro de igual manera. De pronto suenan las dos: los dependientes comienzan a despedir los marchantes; "acuérdense que los friegan; reparen al policía los ojazos que los pela. Yo soy quien pago los platos, dice el dueño, si se quedan, porque a mí me tiene tirria, y es que le negué una media y unos puros que me vino a pedir de moroloca. — ¡De moroloca será! — Bueno, sea de lo que sea. El caso es que se las chifian o ese mantudo me friega". Y ya por bien o empujados van despejando la escena

RINCON LITERARIO

El recuerdo del poeta popular costarricense, Aquileo Echeverría, entre los trabajadores.

por CARLOS LUIS SAENZ

Heredia rindió un homenaje al poeta Aquileo Echeverría con motivo de la erección de un busto suyo en el Parque Central de la ciudad. Al poeta autor del "concho" se le debía este homenaje. Nadie como él ha sabido expresar la vida del pueblo costarricense, con tanto acierto artístico. Sus CONCHERIAS son en realidad el romancero de nuestro campesinado. Tienen igual valor, sin duda, que el que tiene Martín Fierro para los argentinos. Esos romances que forman las CONCHERIAS son de la pura cepa tradicional hispánica; el octosílabo es material dócil en la pluma humorística de Echeverría, legítima hermana de las que tajaban en España los juglares de los romances cantados en las Cortes y en las aldeas. De aquí sus CONCHERIAS tengan el buen sabor del vino añejo, cargado con todos los aromas y sales del pueblo español, el mismo que en la actualidad

sabe cantar en verso su lucha libertaria. Su vitalidad y originalidad brotan, no de técnicas literarias mistificadas, sino de la observación y estilización de la vida popular. Aquileo no rehusó mezclarse con el pueblo, con la plebe tan despreciada por nuestros idealistas; no rehusó convivir con el "concho", asistir a sus fiestas, beber su propio trago, piropear sus muchachas, oír sus cuentos, mezclarse en sus romerías y turnos. Al pueblo le dió lo mejor de su inteligencia; su capacidad expresiva y su sensibilidad equilibrada, lo que hace que el "concho" aparezca tal y como es en sus producciones: pintoresco en su vocabulario, valiente en sus lances de honor, taimado en sus tratos, excéptico en política, semi-brujo en artes medicinales, sencillo en su fe, gráfico en la descripción de sus enfermedades, socarrón en sus juicios, imaginativo en sus relatos de aparecidos, tierno en sus relaciones amorosas.

En este sentido, Aquileo es pueblo, "masa", de la misma que en la evolución de España creó la lengua que hablamos, pronto florecida en magníficos romances; masa creadora de donde salen la vida y el arte, que no es más que la misma vida interpretada como un sentido estético para evidenciar de tal modo y de manera más viva sus propios problemas. La raíz popular ha sido y seguirá siendo siempre el elemento que vivifica toda verdadera obra de arte. Y la raíz popular nutrió la obra de Aquileo Echeverría. Por eso corre por ella la savia de nuestra propia vida nacional, y por eso está tan tan íntimamente conectada con nuestra propia realidad que de manera subconsciente, sin trabajo de ardua interpretación, al ponerse en contacto con ella, cualquier costarricense puede captar todos sus ricos valores estéticos. Aquileo Echeverría no se puso por encima del pueblo,

sino que se situó en su propia entraña. Y se situó así, no en pose de literato que busca motivos, sino como hombre que tiene honda simpatía por los hombres; como sensibilidad e inteligencia en las que lo popular iba tomando forma artística por virtud misma de las leyes de la vida.

De aquí resulta la unidad perfecta entre su obra y el alma campesina costarricense. De aquí surge su originalidad, porque nada tiene más originalidad que la vida misma en su constante cambio. De aquí resulta la frescura de su obra, en la que no hay asomo de literatura de gabinete ni de circujillo artístico con programas estéticos. Poeta popular, Aquileo Echeverría ejemplifica en nuestro medio la más pura intuición poética del artista que capta la vida de los grupos humanos entre los cuales le tocó vivir, y de los cuales por su virtud estética se constituye en su más viva expresión histórica.

ESTAMPAS

EN LA BARBERIA

Entra a la barbería, elegante y presumido. Ante el ancho espejo de cristal de roca se arregla meticulosamente la corbata y se mira de perfil. Se sienta a esperar su turno, y mientras tanto lee. Un ejemplar de «La Hora» queda entre sus manos afeminadas. Yo me acerco, quiero saber qué lee este hombre. La lectura que de inmediato busca un hombre, refleja su mentalidad.

No me engañado. Expresamente busca la página social. Luego la página deportiva. Después la pag. N° 2 enervante y emotiva, más que todo folletinesca. En este

trabajo, pasa ante sus ojos sin interés la pag. 3 es la página de ciencias, arte y literatura etc. Elegante y Presumido no se detiene ni ante los títulos de la página 3. Pienso que tal vez no lea hoy día ha página po que en ella viene una terrible acusación de Tomás Mann contra el régimen de Hitler. Sin embargo esa terrible acusación es lo único que vale de la edición de periódico.

Luego de haber leído «La Hora» y de haber pasado inadvertida la página 3 como lo único sin importancia del periódico, deja el ejemplar sobre la mesa, y se

arregla el quiebre impecable del pantalón.

Es muy posible que mañana, en esa misma página social que primero sació su sed de lectura, encontremos la siguiente nota: El culto e

inteligente joven XX, viviente promesa nacional, uno de los elementos que más prestigian la nueva generación, ha rendido brillantemente sus exámenes de Derecho...

El Policia de la esquina

Desde que nos convertimos en complotistas, en virtud del miedo fantasmagórico gubernamental, nos tienen un policía fijo en la esquina del local Comunista. Es un policía curioso, digno de observación. Ha tomado muy en serio su misión. Sus poses a veces causan risa. Con la diestra estruja el puño de la cruceta que ya debe estar cansada de estar colgando de la cintura que el hambre ha ido adelgazando. Se pasea a lo largo de la acera, o bien, se yergue en el centro de la calle; se balancea en sus dos piernas abiertas en actitud retadora. Clava su mirada inquisidora en los camaradas que entran y salen del local, y se dá golpecitos en la pantorrilla con la vaina de su cincha. Nos lo imaginamos hablando mentalmente: ¿que pasará allí dentro? ¿dónde tendrán las armas estas gentes? A veces pareciera darse cuenta del papel ridículo que lo tienen haciendo en esa esquina, porque se aleja camino hasta la mitad de la cuadra, se

esconde. Pero de pronto recuerda que muy cerca está la caballeriza Presidencial, donde los Comandantes matan el tiempo, y donde la noche del mitin del c. Mora tuvo Gallegos acuartelada la policía.

El policía nos mira con odio. Acaso nos culpe a nosotros de que lo tengan allí, sin poder moverse, vigilando constantemente, sin ver nada. Pero la culpa no es nuestra. Si ha Gallegos le tocara remejante servicio, ya se hubiera dado cuenta de su enorme inutilidad, y sobre todo, de que no es lo mismo estar de pie en una esquina que sentado humildemente en la Oficina de la Dirección General de Policía.

Pero es un odio que se transformará en fraternidad, cuando este policía, ya sin uniforme y sin arma, se encuentra brazo a brazo con los trabajadores en la dura lucha por la existencia, luchando en la cual, es posible que llegue a sentir el cinchazo grosero de esa misma policía...

y salen las buenas gentes por las mal cerradas puertas, con sus alforjas los unos, los otros con sus esteras, motetes, palas, canastos, cuchillos, planchas, etcétera, y cuando ya los descalzos dejan la casa desierta, y viendo la ley cumplida el polizonte se aleja, por un pasillo excusado nos colamos los de leva y sotto voce decimos, mojándola esta cuarteta:

«La ley estira o encoge según a quien se le aplica. Esto pasa en todas partes, pero más en Costa Rica.»